

ANNA EKBERG

UNA
MUJER
SIN
PASADO

Un *love thriller* difícil de olvidar

Traducción:

ENRIQUE BERNÁRDEZ SANCHÍS



MAEVA | NOIR

1

Debe de ser un mecanismo de supervivencia, piensa Helene con los ojos fijos en el círculo oscuro que ha dejado la taza de café sobre el escritorio lacado en blanco. Debe de ser un mecanismo de supervivencia, optar por mantener fija la mirada en algo tan pequeño e insignificante justo cuando toda su vida se desmorona. Se obliga a levantar la vista, mira la comisaría, intenta concentrarse en el papel que le ha entregado el funcionario. «Derechos del detenido», pone en el encabezamiento. Tiene derecho a un abogado, tiene derecho a mentir a la Policía, tiene derecho a comida y bebida. Y a una compensación de ochocientas coronas si permanece detenido injustificadamente durante diez minutos. ¿Cuánto tiempo lleva detenida? En todo caso, más de diez minutos.

—¿Lo ha leído? —pregunta el funcionario que está sentado delante de ella. Un tipo joven y delgaducho, no debe de tener más de treinta años, apenas llena el uniforme en la zona de los hombros. El policía de más edad que está a su lado, un hombre con traje de chaqueta oscuro y camisa blanca, aún no ha abierto la boca.

—Sí.

—¿Y sigue sin querer un abogado?

—Así es.

El uniformado echa una mirada fugaz a su colega. El otro policía carraspea.

—Señora Söderberg, ¿entiende por qué está aquí?

Helene no llega a responder antes de verlo. El fogonazo, un relámpago que atraviesa el despacho de la comisaría. Los agentes lo ven también. El de más edad se ha puesto de pie inmediatamente.

—¿Podéis apartar de la ventana a los fotógrafos? —grita enfadado.

Helene gira la cabeza, otra vez la alcanza el rayo. Levanta las manos, las dos, solo un instante. Se rinde. Que tengan lo que han venido a buscar. La foto de la famosa Helene Söderberg, detenida, esposada, humillada, acabada.

—¡Echadlos! —vuelve a aullar el agente de más edad.

Unos cuantos policías jóvenes están ya en la puerta de la comisaría, bajan las persianas. A Helene le da igual. Que hagan todas las fotos que quieran.

—Señora Söderberg —dice el agente, respirando hondo mientras se recoloca la camisa—. Tenemos que llevar a cabo unos procedimientos. Un análisis de ADN, ese tipo de cosas. Quizá tardemos una hora. ¿Me entiende?

—Colaboraré —dice Helene.

—Después la conduciremos a una celda, hasta que pase a disposición judicial. —La mira. ¿Qué espera? ¿Que diga algo?—. Pero primero es mi obligación leerle los cargos.

Helene sigue sin decir nada. El agente mayor vacila, por fin se decide y saca las gafas de lectura del bolsillo de la chaqueta. No parece apetecerle demasiado. Lee las palabras despacio, mecánicamente, como si se tratara del manual de instrucciones de una cocina nueva.

—Helene Söderberg, se la acusa, de acuerdo con el párrafo 237, del homicidio intencionado de Louise Andersen.

Helene levanta la vista y lo mira a los ojos. Homicidio intencionado. Párrafo 237. Louise Andersen. Los otros evitan mirarla, los que están en la mesa y las dos funcionarias de pelo corto situadas junto a la máquina de café intentan aparentar que no oyen nada. Toda la comisaría está en silencio. Todos escuchan. Suena un teléfono en algún sitio, pero nadie lo coge, nadie quiere perderse ni un detalle de lo que está pasando.

Ahora, justamente aquí, se está haciendo historia. La gente hablará de ello durante años. Esta noche, cuando los agentes vuelvan a casa con sus pequeñas familias, se sentarán a cenar y a charlar acerca de los sucesos del día. Los niños escucharán en absoluto silencio, con los ojos muy abiertos, la historia de la caída de la poderosa familia Söderberg. El asesinato de la inocente Louise Andersen. Helene mira a los ojos al agente joven, después al mayor. Por qué no darles ya el final, ahora mismo. Se lo han ganado.

—Soy culpable —dice en un murmullo. Nota que la estancia se queda sin aire. Que el tiempo se queda casi congelado—. Yo maté a Louise Andersen.

Dos semanas antes

2

Louise se despierta. Todas las mañanas, en ese momento, encuentra el mismo panorama. Todavía no ha conseguido acostumbrarse, pero cree que sería incapaz de vivir si le faltara. El mar. Siempre igual de extenso. La ventana es un ojo de buey, lo que hace que se sienta como si estuviera a bordo de un barco. Ojalá pudiera vivir en un barco, es lo que más le gustaría. Joachim siempre está haciendo insinuaciones sobre ese asunto, pero nunca va más allá. Se da cuenta de que ella piensa con fruición en esa posibilidad y que, aunque se marea cada vez que sube al barco que va de Christiansø a Bornholm, ha optado por vivir rodeada de agua. La cama está orientada al mar, así que eso es lo primero que ve al abrir los ojos. Louise siempre ha tenido el presentimiento de que un día llegará alguien por mar, alguien que le cambiará la vida. Claro que no es más que un pensamiento tonto, una sensación. Pero ahí está.

Hoy el mar está tranquilo y luce ese color azul oscuro que solamente tiene ahora, cuando el verano brilla en todo su esplendor. El cielo está despejado y fuera de la casa puede oír un zumbido de voces. Los turistas ya se han levantado y han salido. Louise mira a la mujer con el cochecito de bebé, a la pareja de edad avanzada sentada en un banco. Se ha fijado en ellos otras muchas veces, siempre se sientan allí. Dos de los noventa y un habitantes permanentes de la pequeña isla. ¿Algún día se sentarán allí Joachim y ella? La romántica idea vive unos segundos en la cabeza de Louise, hasta que se siente gratamente sorprendida por un hombre. Un hombre alto, de mediana edad, vestido